VIDAS POR CRISTO (XIV)

La paternidad espiritual según la Regla de san Benito

Te presento esta figura singular en la historia de la espiritualidad de un santo cuya influencia sigue perenne en nuestros días.

Con afecto, Felipe Santos, Salesiano

Málaga- noviembre-2006

El tema de la paternidad espiritual se encuentra en toda la Regla de san Benito. Sin embargo, para verla, hay que buscar la "paternidad espiritual" tal como estaba concebida en el Nuevo Testamento y en la tradición cenobítica primitiva, y no algo correspondiente a la noción moderna de "dirección espiritual".

En primer lugar Benito subraya la paternidad de Dios. Después, muestra como esa paternidad de Dios se expresa en la vida de la comunidad, en particular por el ejercicio del servicio abacial, pero también a través de

todos los colaboradores del abad y aún en la obediencia mutua que los monjes son llamados a practicar los unos hacia los otros.

Todo el Prólogo de la Regla habla de la paternidad de Dios. Benito pide al discípulo de aceptar de buena gana "el consejo de un padre piadoso" (*admonitionem pii patris*), y dice que su Regla está destinada a quienquiera quiere regresar por el trabajo de la obediencia, al Padre de quien se había alejado por la desidia de la desobediencia a fin de que este padre piadoso (*pius pater*) no tenga que transformarse en un padre airado (*iratus pater*) y no tenga desheredarlo. El Señor, pues, como un padre que ama, quiere enseñarnos el temor des Señor: (*Venite, filii, audite me ; timorem Domini docebo vos*) y indicarnos el camino de la vida.

En seguida, después de eso, viene el Capítulo 1, sobre les categorías de monjes, que hemos ya analizado. Los mismos tres elementos (comunidad, regla y abad) se encuentran de nuevo y en el mismo orden, en la promesa que hace el novicio después que se le ha leído la Regla. Debe prometer : a) *stabilitas in communitate* ; b) *conversatio* (según la regla) ; c) *obedientia*.

Es solamente después de establecer este cuadro general que Benito habla del ejercicio de la paternidad espiritual en seno a la comunidad. Evidentemente habla en primer lugar de la misión que tiene el abad de encarnar y de ejercer la paternidad de Dios para sus hermanos. Es la razón porque es llamado "*abbas*". El abad, dice, "debe acordarse siempre de cómo se lo llama ("*abbas*"), y llenar con obras el nombre de superior. 2 Se cree, en efecto, que

hace las veces de Cristo en el monasterio(*Christi enim agere vices)*, puesto que se lo llama con ese nombre, 3 según lo que dice el Apóstol: "*Recibieron el espíritu de adopción de hijos, por el cual clamamos: Abba, Padre*" (Rm 8,15).

¿Cuales consecuencias lleva Benito de eso? – La primera es que el abad tiene que *enseñar* (lo que es tradicionalmente la función por excelencia del padre espiritual). Debe enseñar los mandamientos y los preceptos del Señor con sus palabras así como con su ejemplo, y, evidentemente, no debe enseñar nada que no sea conforme al precepto del Señor. "Recuerde siempre el abad que se le pedirá cuenta en el tremendo juicio de Dios de estas dos cosas: de su doctrina, y de la obediencia de sus discípulos." Si el abad es el pastor de las ovejas, Dios es el "*paterfamilias*".

Debe encarnar el amor del Padre y de Cristo para con todos, mostrando a todos sus hermanos una misma afección. Debe generar Cristo en ellos, es decir conducirlos gradualmente a una más perfecta conformidad a la semejanza de Cristo, aún reprendiéndoles, exhortándoles y, cuando es necesario, corrigendo sus faltas.

Benito volverá a esas ideas fundamentales en el capítulo 64, donde añadirá una dimensión importante. Si una comunidad se da un abad indigno, los obispos *y los fieles* del lugar deben corregir la situación. Hay detrás de esa recomendación una convicción importante. Es que el carisma monástico no pertenece a los monjes. Pertenece a todo el Pueblo de Dios. Los que viven actualmente esa vida son los guardianes de ese carisma. No lo poseen.

En seguida después de ese capítulo sobre el abad Benito pone el de *la convocación de los hermanos en consejo*. Eso porque Dios ejerce su paternidad sobre la comunidad revelando a todos los hermanos, aún a los más jóvenes, lo que Él espera de la comunidad. Nadie en el monasterio, ni el abad, hará su voluntad propia. Todos tienen que hacer la voluntad del Padre celestial.

Después del capítulo sobre los instrumentos de las buenas obras, viene naturalmente el capítulo 5 sobre la obediencia en que el monje está invitado a imitar a Cristo que no vino para hacer su voluntad sino la del *Padre* que lo ha enviado (siempre esa misma atención omnipresente al Padre).

El abad comparte con muchas personas el ejercicio de su paternidad espiritual, a través de responsabilidades explícitamente espirituales o aún tareas materiales. En efecto, ninguna tarea es solamente material. Es interesante ver como, de todos, Benito quiere la capacidad de transmitir la doctrina o por lo menos una buena palabra. En primer lugar hay los decanos (c. 21) que deben vigilar con solicitud sobre sus decanías y que son escogidos "según el mérito de su vida y la sabiduría de su *doctrina*", y también los "sempectas" (c. 27) para las situaciones difíciles, escogidos también para su sabiduría (« *seniores sapientes* »).

Esa paternidad se extiende al orden de las cosas materiales. El abad comparte su responsabilidad con el mayordomo, quien no es simplemente un administrador, sino alguien que toma parte en el ejercicio de la

paternidad del abad. Debe, dice Benito, ser "como un padre para toda la comunidad". (*omni congregationi sicut pater*) (c. 31). Hay también el enfermero (c. 36) que debe servir los hermanos como Cristo.

Finalmente hay él que hoy llamamos el "maestro de los novicios" es decir un anciano que sea " apto para ganar almas" y que vigile sobre los novicios con una solicitud paternal (c. 58). Hay también el prior. Mas parece que Benito ha tenido dificultades con sus priores, y habla del prior casi solamente para prevenir los peligros de tensión entre el abad y el prior.. (c. 65).

Este cuadro del ejercicio de la paternidad espiritual en la Regla no sería completo sin los dos hermosos capítulos sobre la obediencia mutua y el buen celo (c. 71 y 72), por los cuales los hermanos no solamente se manifiestan sentimientos fraternos, sino ejercen los unos hacia los otros la paternidad de Dios.

Conclusión:

Está claro que Benito se sitúa en la grande tradición cenobítica.

Para el, Dios es el padre de todos y Cristo es el verdadero abad de la comunidad. La *paternidad espiritual*, es decir la expresión de la paternidad de Dios, se ejerce en la comunidad a través de la vida comunitaria mismas, a través de la Regla que actualiza para esa comunidad la voluntad del padre, como a través de la mediación del abad y de todos los que comparten su

ministerio en los diversos servicios a la comunidad, que sean de orden espiritual o de orden material.

¿Que decir de la "dirección espiritual" o si se prefiere del "discernimiento espiritual"? -- ¿Deben el monje o la monja encontrar regularmente su abad o su abadesa in sesiones de "dirección"? ¿Deben tener un "director espiritual" o un "acompañante" que encontrarán con una frecuencia determinada? -- Personalmente no lo creo. Me parece que, en la lógica de toda la tradición monástica, si un monje vive fielmente la Regla, si recibe regularmente la enseñanza que el abad da a su comunidad en sus capítulos o de otra manera, si acepta de dejarse formar por las varias mediaciones por las cuales el abad ejerce su paternidad, tiene todo lo que necesita. Evidentemente habrá momentos en su vida cuando, delante una decisión particularmente difícil que tomar, o durante una crisis de cualquiera naturaleza que sea, deberá dejarse guiar en su discernimiento espiritual por su abad, por otros monjes que comparten el cargo pastoral del abad, y por toda la comunidad. Eso supone evidentemente una grande y constante abertura y confianza mutua.

Me parece que eso es el espíritu de la Regla de san Benito. El monje, según la Regla, debe confesar a Dios, cada día, en la oración sus culpas pasadas (4,57). Debe también confesar a su abad o a hermanos ancianos (c. 7, 44; c. 46, 6) sus pensamientos malos y los pecados secretos de su alma. Delante su abad, que debe amar con una afección sincera (c. 72,10) debe tener un corazón abierto. Pero nada indica que Benito había pensado a una comunicación constante de los pensamientos entere el monje y su abad como en los ámbitos anacoréticos.

Cuando dificultades especiales se manifiestan, el abad tiene que intervenir, aconsejando, corrigendo, puniendo, etc. Se hace ayudar por sempectas con los monjes adultos en situaciones difíciles y de un anciano para los novicios, así como de un mayordomo para las cosas materiales, del enfermero para los enfermos, etc. pero su paternidad espiritual se ejerce a través su enseñanza, que debe dar con su ejemplo así como con su palabra.

Corolario:

Me gustaría ahora hacer algunas observaciones un poco más personales sobre el ejercicio de la autoridad abacial y de su ejercicio de la paternidad en el monacato de hoy. Ya mencioné esos dos tipos. Mis reflexiones son fundadas en mi ejercicio personal sea de la obediencia sea de la autoridad en varias situaciones y en varias latitudes y de lo que encontré sea en mi servicio de la Orden como Consejero del Abad General y en la Confederación benedictina, donde trabajo desde más de 25 años con l'AIM.

Aquí está como ve esos dos tipos de abad, endureciendo un poco la líneas.

a) El abad según la tradición cenobítica

La primera situación es aquella de un abad que se sitúa claramente en la grande tradición cenobítica.

Todos sus esfuerzos son consagrados antes de todo a tejar el tejido comunitario.

- • crea una atmósfera donde "ecce quam bonum et quam jucundum habitare fratres in unum".
- • hace conocer y amar una "tradición" local y desarrolla una "cultura local" que da a la comunidad su identidad común (Por "cultura local", entiendo una visión común muy clara que "informa" (en el sentido aristoteliciano) todos los aspectos de la vida comunitaria : como se reza en común, como se guadaña la vida, como se toman decisiones comunitarias, como se reciben los huéspedes. etc.)
- • Da una enseñanza que es concreta, objetiva, y que une los hermanos en una búsqueda y una reflexión común.
- • Desempaña una solicitud pastoral hacia cada uno de los monjes, pero siempre en relación con lo que vive la comunidad.
- • Se esfuerza de desarrollar personas maduras y adultas.
- • Suscita el desarrollo de varias formas de *leadership* en comunidad
- • Está sensible a la subsidiaridad (que consiste en compartir las responsabilidades, no solamente el trabajo...)
- • forma posibles sucesores, sin sentirse "insecurizado".

La transición después de un abaziado de ese genere es fácil, que el abaziado haya sido largo o breve (pues, la comunidad tiene su propia identidad y el verdadero abbas es Cristo.

b) En la situación de un abad más según la tradición del desierto,

- • El papel del abad está percibido en cualquier manera como "anterior" a la comunidad o, en todos casos, independiente de la comunidad. El abad se considera "padre" aún antes de tener hijos.
- • Muchos señales de esa mentalidad han pasado en el lenguaje actual...
- • Trata de transmitir una experiencia personal – en la manera de un guru – y corre el riesgo de identificar inconscientemente la Regla a esa experiencia personal. Es muy difícil en este caso a la Regla común del monasterio y a la comunidad misma de evolucionar en contacto con los desafíos de la Iglesia y de la sociedad.
- • Toda evolución comunitaria tiene que ser controlada por él, pues lo toca personalmente y lo pone en cuestión.

Esas dos manera diferentes de ejercer la paternidad espiritual abacial tendrán repercusiones sobre el modo en que el maestro de los novicios, el mayordomo y los otros oficiales entenderán y ejercerán su oficio.

Si el abad es del tipo cenobítico, escogerá probablemente un padre maestro de la misma orientación que se esforzará de introducir sus novicios en la realidad comunitaria y de hacerlos desarrollar su propia identidad personal asumiendo la identidad comunitaria. En la otra situación, el padre maestro será fácilmente él también un tipo de guru formando individualmente discípulos poco insertados en el tejido comunitario. O el será un "clon" del abad y su actividad asegurará la supervivencia del

sistema, o formará un bloque que se opondrá más tarde al bloque representado por los discípulos del abad.

El abad del primer tipo puede ser muy bueno, sensible, aun afectuoso; pero esa sensibilidad se acompaña fácilmente de un instinto de dominación. Administra por la afección. Muchas veces su "dauphin" que, muy probablemente no será su sucesor... y podrá "quemar" muchos de ellos.

Si es un hombre de oración y de gran virtud, su dominación de la comunidad será probablemente mas grande, de tal manera que tendrán un gran miedo de perderlo.

****

Se debe decir que el contexto de la restauración monástica de los últimos siglos favoreció un estile de paternidad de tipo monárquico y fácilmente paternalista.

Gracias a Dios, muchas de nuestras comunidades tuvieron abates y abadesas que ejercen su paternidad o maternidad espiritual como el padre o la madre de una verdadera comunidad, es decir como un hermano o una hermana ejerciendo por un tiempo en relación con sus hermanos o hermanas el ministerio de la paternidad de Dios.

San Benito, un modelo de santidad

La Iglesia acaba de festejar a san Benito el 11 de julio, y el santo Padre, en el Ángelus, ha subrayado la exigencia

de santidad a la que el santo nos invita. Hagamos pues más amplio el conocimiento con uno de los Padres fundadores del monaquismo occidental.

Rúbrica Oración

13/07/2005

"El sabía también que en relación profunda con Dios, el creyente no puede contentarse con vivir de manera mediocre, con el lema de una ética minimalista y una religiosidad superficial... La santidad por el contrario es la prioridad de todo cristiano que, hoy, se ha convertido en una prioridad pastoral frente a la necesidad de dar a la existencia y a la historia sólidas referencias espirituales". Benedicto XVI en el ángelus del domingo 10 de julio del 2005.

La vida de san Benito nos ha llegado gracias a los Diálogos del Papa Gregorio Magno (540-604). Hemos retomado algunas citas de esta obra para jalonar la biografía del santo.

«Fue un hombre, 'Bendito' de gracia y de nombre, cuya vida respira lo sagrado. Desde su infancia, su corazón fue el de un Anciano...Nacido en esta tierra con el poder de gozarla a su gusto durante un tiempo, la despreció como un mundo marchito ya en flor".

San Benito, literalmente « el bendito » nació en los alrededores del año 489 de una familia acomodada en Nursia, ciudad situada a un centenar de kilómetros al nordeste de Roma. Estudia en la ciudad eterna las artes liberales (el trivium : gramática, dialéctica y retórica así como el quadrivium : aritmética, música, geometría y

astrología) y divisa en el horizonte de su vida una carrera prometedora. Pero el mal comportamiento de los estudiantes, y mucho más todavía, la perspectiva de una vida en el mundo le inquietan. La palabra de Cristo: « Quien quiera guardar su vida para sí la perderá; quien pierda su vida por mi causa, la guardará. » (Mt. 10, 39) no le dejó ciertamente indiferente. Una elección se presenta a su alma… Sin disparar un tiro, Benito decide preferir sólo el Amor de Cristo, deja pues todo y parte para llevar una vida de eremita en la cueva de Subiaco.

Queriendo agradar sólo a Dios, vivió consigo mismo" bajo la mirada de Dios". La cueva evoca el despojo de la cuna o portal… Su vida, en adelante, está escondida en Cristo, pero su reputación de santidad se extiende como una polvareda. Son muchos los que le visitan para llevarle alimento o para pedirle algunos sabios consejos.
Un acontecimiento mayor saca a Benito de su soledad.

No lejos de la cueva, en el monasterio de Vicovaro, el P. Abad muere. Los monjes desamparados van al santo a suplicarle que dirija el monasterio. San Benito obedece y se da cuenta en seguida de que se le pone a prueba. «A la cabeza del monasterio mantuvo firmemente su vida regular: ningún monje tuvo ya permiso, como antes, para desviarse del camino de la vida santa apartándose a derecha o a izquierda. De rabia los hermanos perdieron la cabeza... Buscaron el medio para acabar con él… » Mediante su poderosa oración y bendiciones, Benito desvela cada una de las intrigas maquiavélicas, y desenmascara los ataques del antiguo enemigo… Siguiendo el consejo de Cristo: « S se os rechaza en la cogida y de que os escuchen, salid de esta casa o de esta

ciudad sacudiéndoos el polvo de vuestros pies» (Mt. 10, 14), Benito deja el monasterio y vuelve a instalarse en Subiaco, por un tiempo solamente… pues la Providencia orienta su camino hacia las alturas del Monte Casino, lugar antiguo de Apolo.

« El santo, al pasar a otros lugares, no cambió de enemigo. Sostuvo incluso combates mucho más graves que los que había encontrado frente al mismo maestro del mal, atacando al descubierto. El burgo llamado Casino está situado en el flanco de una alta montaña... cuya punta se dirige al cielo... El hombre de Dios al llegar rompió el ídolo y el altar... En el templo de Apolo, colocó un oratorio en honor de san Martín, y en el emplazamiento hizo uno dedicado a san Juan altar ». El maligno se desencadena y usa los más diversos artificios para impedir la construcción del monasterio… en vano ! Benito, sin embargo presagia la ruina del monasterio por los Lombardos que tendrá lugar después de su muerte (547). Detallo pleno de humanidad y consolador para nosotros: esta visión le hace llorar. Así la santidad de san Benito no le impide que esté unido a su obra. Todas estas tribulaciones le valdrán ser, además de patrono de Europa, el patrono del… fracaso. !

Fracaso a los ojos de los hombres pero no a los de Dios: « Si el grano de trigo caído en tierra no muere, se queda solo, pero si muere, da mucho fruto » (Jn. 12, 24). Uno de sus frutos será la Regla de los Monjes dotado de una grande y fecunda paternidad espiritual. Muere hacia el año 547, en su monasterio, de pie, (como para prefigurar la Resurrección), con las manos levantadas al cielo, y en un último suspiro murmurando oraciones.